

# Cuarto oscuro

Verónica Gerber Bicecci

Entre la mirada y el mar existe un trance ineludible, parecido al que nos sorprende frente a la puerta de la lavadora mirando galaxias y nebulosas en un mantel mojado; o a esa emboscada que nos convoca ante la luz del refrigerador en medio de la noche para reencontrar al monstruo de nuestras pesadillas infantiles flotando en un frasco de pepinillos en vinagre. Ese momento en que la atención se abstrae y se concentra simultáneamente es el estado de contemplación más puro. Entre el mar y la mirada hay una especie de conformidad ante la extensión de agua que se abre desde la orilla en que estamos a salvo.

Ha habido más astronautas que exploradores del abismo. El 23 de enero de 1960, a bordo del batiscafo de Trieste, Jacques Piccard y Don Walsh descendieron once mil cuarenta y tres metros en la Fosa de las Marianas, el punto más bajo en la corteza terrestre al que ha llegado el hombre. El mar es un precipicio relleno de agua, un barranco al que no se puede caer. En ese abismo está contenido todo el cosmos: cambia la gravedad y la atmósfera, hay estrellas y cometas, constelaciones y naves espaciales; pero sumergidas, en espejo.

La zona abisal es la penúltima de las franjas que componen al océano, empieza a cuatro mil metros debajo del agua; la última es el hadal, lugar de la muerte, a más de seis mil metros. A esa distancia la luz solar ya no llega, la fotosíntesis resulta imposible, el agua se entumece a menos de seis grados centígrados y la presión hidrostática es muy elevada. Conforme se avanza en las profundidades, el tiempo pareciera correr paralelo hacia atrás y hacia adelante: la fauna es, simultáneamente, futurista y primitiva; emisaria de la prehistoria y del fin del mundo; de la glaciación y de la cantina Mos Eisley en *Star Wars*.

Como la mayoría de los sucesos, el primer proyecto independiente que levanté en mi vida fue posible gracias a una casualidad. Mi hermano y yo queríamos montar un cuarto oscuro. Sabíamos que charolas, químicos, termómetro, tanque revelador, pinzas de plástico, medidores y todos los aditamentos de la zona húmeda eran un gasto que podíamos cubrir usando buena parte de nuestros ahorros. El problema era la ampliadora. No es

posible montar un cuarto oscuro sin una ampliadora y en aquella época costaba por lo menos tres veces más que una computadora Pentium, aunque se trata de una simple tabla con un poste en el que una cabeza de luz puede moverse hacia arriba y hacia abajo.

La ampliadora es una herramienta imprescindible en cualquier laboratorio de revelado e impresión, junto con el cuarto oscuro constituyen una especie de cámara fotográfica del tamaño de una habitación. Su haz repite la estela de un pedazo de tiempo determinado. Por eso, el cuarto oscuro es un espacio en el que el tiempo se mide en cantidad de luz. La cámara usa los calcetines al revés, tiene la memoria invertida. La ampliadora voltea, da sentido. Es al cuarto oscuro lo que una perla a una ostra. Cuando una partícula extraña penetra el cuerpo de un molusco bivalvo, éste reacciona cubriéndolo con capas de cristales de calcio y una proteína llamada conchiolina, hasta que logra enquistarla; el resultado es una gema nacarada, la perla. Paradójicamente, el invertebrado termina protegiendo al valiosísimo forastero alojado en su interior. Dentro de la ostra no hay luz y se filtra solamente el agua necesaria, es una zona seca en el universo marino, una burbuja. Las ostras sobreviven en cualquier franja del océano, incluso en la zona abisal. Así como una perla puede reflejar el mundo en su superficie convexa, la ampliadora es capaz de proyectar una imagen incorpórea sobre un pedazo de papel fotosensible, solamente en la oscuridad. La diferencia es que el papel, para poder convertirse en una joya, deberá ser desenquistado con revelador.

Era el año en que terminaba el bachillerato. La maestra de laboratorio había pedido permiso de maternidad y dejó a un conocido suyo a cargo del grupo. Inmersa en una tragedia pueril bien conocida por todo adolescente, en los últimos meses de clases decidí llevar una cámara fotográfica a la escuela para guardar recuerdos de compañeros y amigos a los que pronto dejaría de ver. Resultó que, además de biólogo, el nuevo maestro era fotógrafo; lo supe porque le llamó la atención la preparatoria con cámara réflex al cuello. Tal vez porque tenía secretas intenciones con mi mejor amiga o tal vez por una generosidad que pocas veces tenemos la oportunidad

de recibir, me ofreció en préstamo la ampliadora checa —arrumbada en una bodega de su casa— con la que él mismo había montado su primer cuarto oscuro.

En un par de semanas, y sin pedir permiso a mamá, mi hermano y yo convertimos el baño de servicio en un cuarto oscuro semiprofesional. El espacio medía menos de dos metros cuadrados así que cancelamos el escusado con una tabla a modo de mesa, anexamos una repisa, hicimos una primitiva instalación eléctrica con dos interruptores, destapamos el lavabo, tapizamos las ventanas con papel ilustración negro y cinta gaffer, gastamos nuestros ahorros en los artefactos necesarios y lo echamos a andar.

El fondo del mar es tan inhóspito como una noche en medio del desierto. Uno de los engendros marinos que subsisten en este paisaje es el pez pescador (*anglerfish*); el animal más feo y malhumorado del planeta. Tiene una cabeza mucho más grande que su cuerpo y ojos muy pequeños; su boca está repleta de colmillos largos y afilados, acomodados en varias hileras; su esqueleto es flexible, por lo que puede engullir una presa de hasta el doble de su tamaño. Hay más de doscientos tipos, pueden medir desde veinte centímetros hasta un metro de longitud y su color varía del gris al café oscuro. Los machos, significativamente más pequeños, se adhieren desde muy jóvenes al cuerpo de una hembra; pierden los ojos, conectan su piel y corriente sanguínea a las de su novia para fusionarse en un solo animal. Sus órganos, con excepción de los testículos, terminan por desaparecer.

La característica distintiva de la hembra es una extensión de la espina dorsal que sobresale desde la mitad de la cabeza, entre los ojos. Una especie de caña de pescar que flota por encima del maxilar superior. Este mástil puede moverse trescientos sesenta grados y, como la mosca atrapada en el ganchillo de un señuelo, termina en un bulbo que, gracias a simbiosis bacteriales, es luminiscente. Un cebo con brillo y movimiento denominado esca, para encandilar organismos susceptibles de convertirse en alimento.

Algunos especímenes del fondo marino producen bioluminiscencia rojiza. Al parecer, los vuelve invisibles ante la mayoría de los habitantes y facilita la cacería. Otros se mimetizan con el color del agua en un azul transparente. El papel fotográfico, dentro del mar de revelador, también es ciego a la luz roja. Por eso los cuartos oscuros ostentan su propia esca, un foco rojo en medio de la oscuridad absoluta.

Josefina no alcanzó el último tranvía porque pasó tres minutos antes de las cinco. Aunque ninguno de los pasajeros era conocido, se despedía de ellos. Si hubiera aceitado la cerradura de su casa para que cediera más rápido, si hubiera pasado de largo cuando se encontró al vecino, si hubiera presentado las grietas del suelo pa-

ra no tropezar; tal vez habría llegado antes. No era justo, pero a la contingencia no la controla nadie.

Se quedó atestiguando la distancia que no dejaba de abrirse entre ella y el vagón, entre ella y las consecuencias del simple desajuste. Miraba absorta al vehículo desvanecerse en el horizonte, junto con sus planes. Las latitudes paralizan. Josefina renuncia ante la inmensidad de un paisaje que se traga el *hubiera* y comprueba la insignificante dimensión de su desdicha. Mide el área al cuadrado de la impotencia, se resigna. Visualiza la gran ciudad, ese lugar al que ya no podrá llegar y lo deja ir. La contemplación es el espacio que se abre entre la espera y el desprendimiento. La vastedad del mundo es inaprensible, por eso nos asombra verlo contenido en la palma de la mano, reflejado en una perla.

Antes de que suceda un accidente automovilístico, el conductor experimenta una sensación patidifusa. Los faros atraen y por un segundo la mente queda a merced de una ínfima partícula. La luz es una trampa. El refrigerador en medio de la noche, la lámpara del pez pescador, la proyección de la ampliadora, la luz rojiza. Un



poder hipnótico elige como carnada una ola, un vagón, unas vías o un foco y nos obliga a observar para perdernos en la expansión de un detalle mínimo. Atención en el presente, en su instante devorador: al contemplar nos convertimos en presas. La mirada reflexiva es una cata-pulta cuyo proyectil se queda cautivo entre la memoria y el presente, apuntando al destino.

Aun habiendo estado ahí un millón de veces, el que hace una foto siempre se sorprende ante la charola de revelador. La imagen se condensa poco a poco en el papel. El negro se cristaliza en la superficie mientras los blancos quedan intactos. La aparición de una fotografía en un pedazo de papel es, una y otra vez, un truco de magia.

El día que armamos la ampliadora para inaugurar el cuarto oscuro, apareció un negativo olvidado. Lo utilizamos para hacer la primera prueba. La impresión fue también el principio de un enorme mural que se iría construyendo con el uso y el paso del tiempo. Mi hermano decía que la mujer de la imagen había ido a despedir a su marido, y que algún familiar había tomado la fotografía mientras ella lo miraba alejarse. Perfectamente verosímil. Aun así, me inclino por la historia de una fotografía que me hubiera gustado tomar: la mujer que pierde el tranvía y se salva de una catástrofe. Un suceso estrictamente azaroso porque puede resultar afortunado o desafortunado en igual medida, puede o no cambiarnos la vida y, de cambiarla, podría ser para bien o para mal. A nosotros la ampliadora nos había cambiado la vida y esa imagen se convirtió en una misteriosa lección sobre la

mirada. Nunca conocimos el rostro de la mujer, pero sabíamos que estaba observando algo. Al menos coincidimos en llamarla Josefina y en que el tranvía voló en el siguiente pueblo por culpa de una pandilla de niños traviesos que jugaban con pólvora y monedas en las vías. El destino del esposo era demoledor o el de ella si hubiera logrado subirse. Eso le dió un valor especial a la fotografía, la volvió única.

La pared del baño de servicio era contigua a la de mi recámara. Antes de dormir imaginé varias veces lo cómodo que hubiera sido abrir un acceso directo. Tener un cuarto oscuro es como construirse una escafandra casera. Ahí dentro es otra la atmósfera y la gravedad, los relojes funcionan hacia atrás o hacia adelante de forma indistinta. La oscuridad absorbe el tiempo como la imagen a la mirada. Un pasadizo secreto era lo único que le faltaba a nuestra máquina del tiempo, un túnel a esa otra dimensión en la que mi hermano y yo fuimos aprendices de buzo y a la que podíamos escapar cuando la casa se volvía irrespirable.

Dos años después, recibí una llamada de la hija de aquel profesor; sus padres se estaban divorciando y quería montar un laboratorio en la casa de su madre. Desarrollamos la ampliadora y la entregamos al día siguiente a su nuevo dueño, con todo y negativo misterioso de vuelta en su lugar. Quedó el mural con cientos de pruebas, pedazos de fotografías, restos de negativos y Josefina. Todavía hay veces en que entro al cuarto oscuro, cierro la puerta, apago la luz y, de cuclillas junto al inodoro, prendo una pequeña linterna de bolsillo. **■**

